

ITALIA: SERVIDUMBRES DEL PACTO

EDUARDO HARO TECGLÉN

EL nombre técnico de la moción parlamentaria adoptada en Italia parece ser el de acuerdo: se habla de pacto, se habla de compromiso. No es, todavía, el "compromiso histórico" propugnado y planteado por el Partido Comunista; no es, ni mucho menos, una base para un Gobierno de salvación nacional. Pero es el momento en la historia de Italia en el que el Partido Comunista está más cerca del poder, y aquél en que más aproximado se encuentra a la Democracia Cristiana gobernante. En realidad, el partido del poder ha tratado al mismo tiempo de minimizarlo y de ofrecerlo como una victoria. Y lo mismo le pasa a los comunistas: no pretenden verse demasiado envueltos para no asustar, y para ver si no comparten del todo las responsabilidades —y las críticas que surgen—, pero al mismo tiempo desean que se sepa que contribuyen de esa manera a la posible restauración nacional, y que fuera de ellos no hay salvación posible.

El acuerdo, la moción parlamentaria, la suscriben seis partidos: los seis de lo que se llama "el arco constitucional". Fuera de él quedan a la extrema derecha los fascistas o neofascistas; a la izquierda, los radicales. Y dentro, cuatro partidos menores y dos dominantes: el socialista y el democristiano. El pacto lo han llevado a cabo los jefes parlamentarios de cada uno de los seis partidos: tiene, pues, carácter parlamentario y no gubernamental, aunque contenga las directrices que va a seguir el Gobierno. Por otra parte, lo han votado solamente los diputados de la Cámara: no pasa al Senado. Con lo cual no tiene el rango de ley. Todo esto son pequeñas trampas, pequeños subterfugios para quitarle y darle importancia al mismo tiempo... A la itálica manera. Que es muchas veces la hispánica manera.

Los pasos contados fueron la reunión parlamentaria, la síntesis de las propuestas de los seis partidos, la anulación de sus diferencias: el compromiso. Luego, el viaje de Andreotti a los Estados Unidos, del 25 al 29 de julio: necesitaba que Carter lo aceptase. Aceptado por los Estados Unidos, no habría demasiado revuelo en Europa. Carter debió hacer un intercambio: debió pedir a Andreotti que, ya que él aceptaba esta colaboración con los eurocomunistas, Italia defendiese su cuestión de "derechos humanos" en Europa. Se sabe el problema: Europa, sobre todo Francia —Giscard—, se queja de la insistencia de Carter en la cuestión de los derechos humanos, que está devolviéndolos a todos a la guerra fría y está paralizándolo los puntos de entendimiento con la URSS. Alemania Federal comparte hasta cierto punto la inquietud de Francia. Para Andreotti, el problema resulta bastante menor. A los comunistas italianos

no les importa nada hoy que se hagan críticas del comportamiento de la URSS con sus propios ciudadanos: ellos son los primeros —digamos que los segundos: los primeros son los españoles del señor Carrillo— en criticar esa forma de violación de los derechos humanos. Y Andreotti volvió a Europa radiante, haciendo declaraciones en favor de las tesis de Carter. Los comunistas, a su vez, no se inquietaron de esto en absoluto. Ni siquiera

ri volvió de Estados Unidos con la orden de expulsar a los comunistas, Andreotti ha vuelto con el permiso de incorporarlos. Para el partido italiano es una satisfacción: una sensación de victoria. Entra en sociedad, comparte el poder. Una forma de legalización.

El paso siguiente fue el sometimiento del acuerdo a la Cámara de Diputados. No había problema: el acuerdo fue adoptado por 442 votos contra 87: los ochenta y siete de los extre-

seis partes: orden público, economía, regionalización, enseñanza, informaciones, cargos gubernamentales.

El orden público es un tema grave, y compromete a los comunistas con las otras izquierdas. Tiene en cuenta este capítulo que, como dice la introducción del documento, "hay serios peligros amenazando las instituciones". La delincuencia y la violencia de carácter político aumentan y se proponen: medidas más eficaces de prevención, institución de detenciones administrativas, registros sin mandato judicial para casos de supuesto terrorismo, extensión de las escuchas telefónicas, mejor coordinación de la Policía y sus servicios, construcción de nuevos establecimientos penitenciarios, aislamiento de los detenidos más peligrosos y medidas para hacer más rápida la justicia. Antes de continuar con los otros puntos, señalemos que esta cuestión ha causado una cierta inquietud en la izquierda, defensora siempre de la extensión de las libertades y de la contención de la Policía en materias políticas. Los que lo atacan —los independientes, los izquierdistas— sostienen tesis conocidas: que medidas "preventivas" tomadas antes de que los supuestos delincuentes hayan cometido sus delitos pueden ser asesinas de la libertad, que la extensión de los controles telefónicos va en contra de todos los derechos individuales, incluido el de la intimidad; que lo primero que hay que hacer es evitar las tensiones sociales, puesto que la culpa es de una sociedad descompuesta y contradictoria; que "los nuevos poderes que se quieren dar a la Policía podrían dar lugar a arbitrariedades" (senador Branca, independiente) o porque "si la situación política cambiase, estas normas podrían convertirse en instrumento de represión contra la izquierda que ahora las aprueba" (senador Garrone, antiguo juez, independiente). Hay quien las considera anticonstitucionales, quien las ve como opuestas a la filosofía del Derecho y a la civilización occidental. El tema no ha sido solamente italiano: ha trascendido. Hay un documento de intelectuales franceses —primera firma, Sartre— denunciando que se están llevando ya a cabo represiones contra "militantes obreros" y contra "intelectuales". Con Sartre, Foucault, Roland Barthes, Philippe Sollers y otros hablan de que se está formando "un partido único". Hay otro documento de abogados alemanes —unos 70— denunciando persecuciones en Italia, concretamente tres abogados que defendían a izquierdistas. La primera voz negativa en Italia a estas llamadas intromisiones exteriores ha sido del PCI: Amendola asegura que Italia es el país más democrático y más libre de Europa, y que qué más quisiera Francia.



Enrico Berlinguer: por primera vez, el secretario general del Partido Comunista Italiano puede ayudar a dirigir el país.

se indignaron, como habrían hecho en otra ocasión, de que el primer ministro italiano necesitase el consentimiento de Washington para un problema interior. De una crónica de "L'Unità", órgano del partido, se pueden entresacar las frases suficientes como para componer el pensamiento del PCI acerca del viaje: "Hace treinta años, De Gasperi fue a América y regresó con la decisión de separar a los comunistas del Gobierno de Unidad Nacional. Pero Europa no es ya un campo de Cruzadas; desde Lisboa hasta Estocolmo, la conciencia de los pueblos está profundamente impregnada de la convicción de que ya no hay confrontaciones sobre 'modelos' exteriores, sino sobre soluciones reales. Paralelamente penetra la idea de que Europa no puede arriesgarse más a ser un terreno de conquista". Y si De Gaspe-

mos, de la derecha y de la izquierda. De ahora en adelante, Andreotti puede gobernar como no lo ha hecho jamás un primer ministro italiano: con el 90 por 100 de electorado tras él. Y por primera vez, el secretario general del Partido Comunista Italiano puede ayudar a dirigir el país y luchar contra el "terrorismo" y contra la inflación.

El acuerdo es un documento bastante largo: 57 páginas escritas a máquina. No podía ser sencillo porque tenía que tener en cuenta observaciones y matices de cada uno de los seis partidos, y porque quizá los comunistas tenían un interés considerable en alargar su texto para evitar que se confundiera con un esquema; querían que fuera un auténtico manual de cómo gobernar el país. Los temas son, naturalmente, importantes. Consta de



Tras el acuerdo parlamentario aprobado en Italia, Andreotti puede gobernar con el respaldo del 90 por 100 del electorado.

El capítulo económico es, sobre todo, ambiguo. Los partidos constatan, sobre todo, los males que hay que combatir: la inflación, el déficit de la balanza de pagos con el exterior, la deuda del país, la fragilidad de la reserva de divisas, el déficit del sector público, la escasez de inversiones, el aumento del paro obrero. ¿Cuáles son las soluciones? Prácticamente, una carta blanca al Gobierno para que siga la política anterior en el sentido de la austeridad. Pero ningún partido quiere comprometerse concretamente en definir medidas que puedan reducir los salarios o dificultar más aún el nivel de vida de la clase media.

El problema de la regionalización va en el sentido ya conocido de evitar la centralización, de suprimir la forma actual de las provincias, y la concesión a regiones más naturales que las provincias señaladas y divididas por la administración clásica de mayores poderes de autonomía. Es también un tema tocado con ligereza: hay demasiados desacuerdos. La Democracia Cristiana, por ejemplo, se resiste a dar mayor capacidad de poder a las autoridades regionales porque sabe la influencia que tiene, ganada en las últimas elecciones, el Partido Comunista en esos medios: los comunistas, a su vez, amenazan ya con que si el Gobierno retrasa esos planes, sufrirá una "presión democrática popular" (Berlinguer).

La cuestión de la enseñanza: escolaridad obligatoria prolongada hasta los quince años (retrasaría la entrada en el campo del trabajo de los jóvenes y dejaría más puestos disponibles, pero empobrecería a familias que necesitan todos los salarios), una orientación profesional que haga coincidir los estudios con las necesidades del mercado de trabajo; "desarrollo de la Universidad para detener el crecimiento irregular de la descalificación progresiva" (podría entenderse por esa frase deliberadamente oscura y cobarde un establecimiento de "numerus clausus" para evitar que los universitarios excesivos, después, desborden sobre empleos menores)...

La información: ayuda a la prensa, que pasa por momentos de crisis; lucha contra las concentraciones, limitación en el precio del papel; la televi-

sión nacional deberá evitar "oposiciones ideológicas" entre sus distintas cadenas; mayor reglamentación de las emisoras privadas (emiten desde fuera del territorio nacional).

Los nombramientos: será el Parlamento el que haga los nombramientos de presidentes de empresas públicas "según criterios precisos de competencia": el Parlamento debería tener derecho de veto sobre los nombramientos administrativos. El contenido ha demasiado explícito de este capítulo va claramente dirigido contra la propia Democracia Cristiana, que lleva años nombrando a sus gentes o a sus favoritos: se considera que su poder en el país se debe, sobre todo, a esa red de funcionarios de todos los niveles nombrados por la DC.

El paso, o la serie de pasos, dado ahora por el Parlamento tendrá que ir en el sentido de redactar leyes para adaptar este programa a los casos concretos. Las discusiones pueden ser mínimas, pero pueden no serlo y destrozar hasta cierto punto el carácter de unidad del documento. Pero políticamente no se sabe bien si se está en el principio de algo, o solamente

en una situación extraordinaria que terminará para que vuelva a gobernarse como antes. El punto de vista del PCI es que es el principio para el Gobierno de "salvación nacional", en el que tendrían algún o algunos ministros (quizá Andreotti haya calculado esa posibilidad con Carter; pero Andreotti sigue negando cualquier posibilidad de "compromiso histórico"), mientras que el de la Democracia Cristiana es, por el contrario, el de que se trata solamente de sacar adelante al país en una situación extraordinaria, y que la urgencia justifica esta medida excepcional. Tras de la cual volvería a gobernar, sola, la DC. Si es que en las próximas elecciones —las que habrá, inevitablemente, si este acuerdo no salva al país— consigue la mayoría. Si la consigue, como parece pronosticado, ¿irá al Partido Comunista? ¿Sería entonces un Partido Comunista mayoritario el que haría un "compromiso histórico"? ¿Continuaría Carter con la misma anuencia que ahora? Preguntas sin respuesta. Como no tiene respuesta la pregunta de si el Partido Comunista no perderá votantes en esa experiencia que le está llevando

tan lejos de su primitiva manera de ser y de pronunciarse.

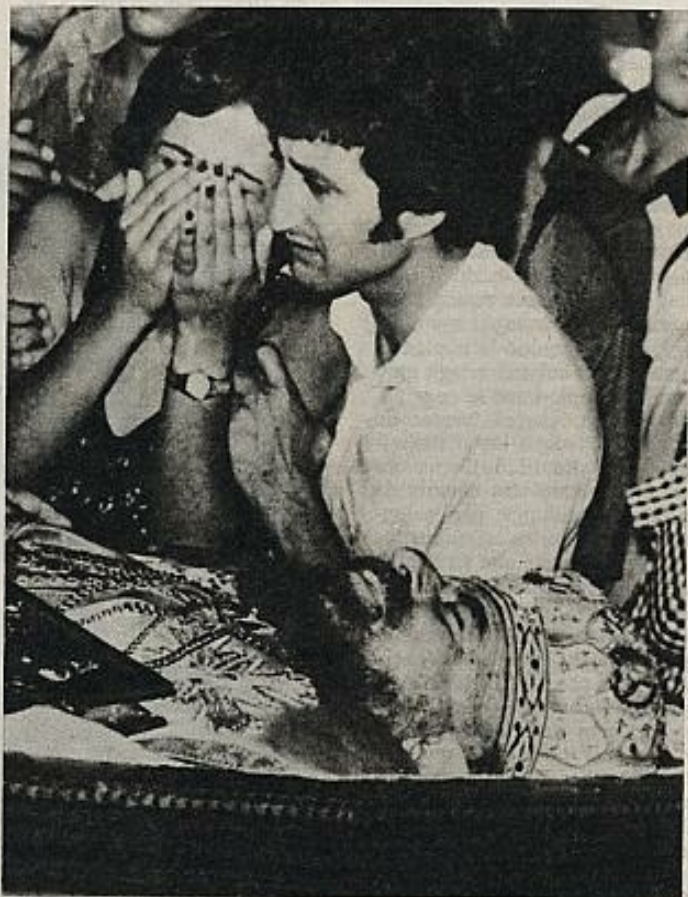
En cuanto a la posibilidad de que el pacto o acuerdo de los partidos del "arco constitucional" pueda salvar a Italia de la situación en que se encuentra, existe indudablemente, pero no parece demasiado clara. En realidad, en los últimos tiempos ha disminuido algo la tensión —aunque las cárceles estén realmente repletas— y parece que la situación económica se está haciendo más estable. Parece que Andreotti no se ha traído de los Estados Unidos solamente la anuencia de Carter, sino algo de ayuda: sus entrevistas con autoridades económicas —el secretario del Tesoro, los responsables de la energía, los presidentes de los Bancos...— han permitido, por lo menos, algunas esperanzas.

En cuanto a la situación de la democracia dentro de todo esto, puede producir efectivamente serias inquietudes, y no sólo a Sartre y Foucault. No todo el mundo cree como el PCI que Italia es el país más libre y más democrático de Europa, y menos aún que este acuerdo o pacto vaya en este sentido. ■

CHIPRE SIN MAKARIOS

EN el próximo septiembre, la Asamblea General de las Naciones Unidas deberá abrir un nuevo debate sobre Chipre o, con más realidad, continuar el eterno debate sobre la desgraciada y codiciada isla mediterránea. Pero en este momento ha saltado una pieza clave en toda la cuestión: el Jefe del Estado, el arzobispo Makarios, ha muerto de una crisis cardíaca al amanecer del 3 de agosto. Makarios había conseguido representar un cierto equilibrio, inestable, a punto siempre de romperse, con amenazas por todas partes, pero un equilibrio de todas formas. Va a ser difícil reemplazarle. Makarios era un hombre excepcional, uno de los últimos hombres fundamentales de la época de las personalidades como base de la política. "Un bizantino", un "griego de hace mil años", son algunas de las frases de elogio que se han oído y se han escrito en la agitada zona chipriota. Y algunas pronunciadas quizá con otro contenido: "el Fidel Castro del Mediterráneo", un Rasputín... Probablemente, lo era todo al mismo tiempo. Como lo han sido los políticos de su época.

La cuestión de Chipre tiene dos claves esenciales, comunes a otros países de la zona: la caída del Imperio otomano y la descolonización británica. Chi-



Makarios representaba un cierto equilibrio en la agitada zona de Chipre. En la foto, el cadáver del arzobispo chipriota expuesto al público en la catedral de San Juan de Nicosia.